

## *Fútbol 78, vida cotidiana y dictadura*

Por Alejandro Kaufman

Alejandro Kaufman es director de la carrera de Comunicación Social de la Universidad de Buenos Aires. Docente e investigador de la Universidad Nacional de Quilmes. Especialista en temas vinculados a Comunicación y Memoria.

En la condición del pasado reside una forma decisiva de lo ineluctable. En el deseo de redención reside la débil chispa cuyo brillo es la única oposición concebible a lo irreversible del suceso. El pasado contiene "lo que no debió haber sucedido", o si no, la insuficiencia de lo sucedido. En el pasado reside el reino de la insatisfacción, cuando no el de lo irreparable. Entre la pérdida radical de lo que no debió haber sucedido y la miseria del acontecimiento se tiende la presencia de la memoria. Dar cuenta de la memoria en relación a lo no redimido es una tarea del presente. Es ahora cuando lo que pensemos o digamos del pasado habrá de configurar un sentido susceptible de aspirar a una realidad. El "cómo *debería* haber ocurrido" es tan estéril normativamente como ilusoria la fantasía del "cómo *debería* ocurrir". En el imaginario colectivo contemporáneo hay un deseo a lo "Jurassic Park" de controlar el pasado, modelarlo, modificarlo. El discurso de la memoria no es inmune a ese imaginario.

Estas primeras palabras no tienen otro objeto que introducir una reflexión sobre lo que hoy podemos pensar y decir acerca de un pasado como el del Mundial 78, en un marco definido por la amplia problematización a la que son sometidas las conmemoraciones vinculadas

con la memoria. En la medida en que la institucionalización, inscripción jurídica e industrialización cultural de la conmemoración anamnética se fueron afianzando y generalizando, se fue perfilando una tendencia a una crisis de legitimación de la problemática político cultural de la memoria. Entre nosotros un hito significativo para el señalamiento del inicio de esa crisis fue la fundación del museo de la ESMA en el año 2004, cuando un suceso instituyente de semejante importancia fue puesto en tela de juicio por una parte del campo cultural y político del progresismo de aquel entonces. Cualesquiera que sean las contingencias que atraviesen las políticas de la memoria, indicar los problemas que atañen a las deslegitimaciones que las afectan no tiene otro objeto en exposiciones como la presente que discutir las tareas conceptuales y políticas necesarias para fundar y refundar el orden de la memoria.

El Mundial del 78 fue un gran acontecimiento inmanente a las existencias anónimas de nuestra contemporaneidad y, al mismo tiempo, un evento inquirido por los idealismos morales de lo que debería haber ocurrido. Es la irrevocable injusticia hacia los sujetos reales de la historia aquello que naufraga cuando se los somete al juicio implacable de una mirada sin espesor ni empatía por los vencidos. El horror se interpone con la empatía hacia los vencidos, la máxima blandura del corazón admite sólo la percepción y descripción de los grises, tal como Primo Levi ha narrado y explicado con su modo insuperable. Percibir y describir los grises supone a la vez remitir al mal, al horror, al heroísmo, a la bondad, al abandono de sí y al sacrificio del otro; todo ello sin otros parámetros que aquellos que en las experiencias límite se constituyen como objeto del testimonio. Si hay algo que aprender, es a pesar de todo ello. No se obtienen lecciones del horror. El horror no es

pedagógico, ni tiene nada que enseñar, en tanto que eso mismo es lo que pretende. Es a veces un testigo-sobreviviente quien puede decirnos algo que nos haga pensar a la vez en la inviabilidad y en la continuidad del mundo. No importa aquí más que recordar algo dicho y repetido con frecuencia. Las historias del Mal y de los héroes, singulares y escasas en número, bordean la inmensa, inconmensurable multitud que habita los grises. Es en esa multitud donde, sin poder explicar hasta las últimas consecuencias los detalles, sabemos que residen las claves del horror. El horror encuentra sus condiciones de posibilidad en las multitudes. Sin el plan del terrorismo de Estado, solución final o totalitarismo efectivos, no hay exterminio. Pero tampoco es posible llegar a las situaciones límite sin las multitudes que acompañan, consienten o son demasiado débiles para resistir u oponerse. Se trata de la supervivencia. Ante el horror, el único relato de pureza se inicia en la muerte del sujeto. La pureza reside allí donde se nos exime del testimonio. Si hay testimonio es porque hay un sobreviviente que lo porta consigo, y la supervivencia concierne a la graduación de la vida y sus oscilaciones. No hay en todo ello exención alguna de responsabilidad, ni borramiento de las graduaciones de la responsabilidad. Al contrario, solo es posible delimitar las responsabilidades si se registran las infinitas graduaciones del árbol de la vida, sus restricciones y propensiones. Por sobre todo, cuando la mirada se posa sobre los grises en sus tonos menores, es cuanto más imperativo resulta saber lo que se piensa o dice en el transcurso del trabajo de la memoria. Calificar lo acontecido en su tiempo y contexto sin remisión al trabajo de la memoria, clausura la valoración de los acontecimientos en lugar de someterlos a escrutinio, al contrario de lo que muchas veces se hace y dice.

Cuando nos disponemos a considerar una cuestión tan inmersa en la vida cotidiana como el fútbol, habremos de disponernos a considerar la manera en que toda una sociedad participó de una época histórica en sus alcances más distantes y profundos, pero a la vez triviales y efímeros. Si la vida práctica de los sujetos reales se desenvuelve entre esos valles y esas montañas, los acontecimientos del horror, que paralizan la trama vital del colectivo social bajo su gélido manto, han de aparecerse allí donde tuvieron lugar, en la sede intersticial de los sucesos de la vida diaria. La memoria de lo indecible aporta el tenor problemático que habilita una discusión crítica del presente. De no llevarse a cabo una tarea semejante, siempre a contrapelo, la memoria referirá a un pasado cristalizado y divorciado en sus lazos de sentido con la actualidad del devenir colectivo. El pasado crispado por el mal ejercerá sus influencias fatales en tanto se delimite como una negrura nítida y superada, en lugar de habitarse en el presente como una tarea de dilucidación apareada a la acción colectiva de cara al futuro.

Existen dos posibles preguntas sobre el gran evento del 78. La primera se desgaja en varios enunciados interrogativos. ¿Cumplió el Mundial 78 para la dictadura el papel que la dictadura imaginó y enunció? ¿Sirvió a los efectos míticos, políticos y propagandísticos? ¿Lo hizo más que muchos otros acontecimientos dispersos e intersticiales de la vida cotidiana de aquellos años, que ni siquiera nos son perceptibles o distinguibles? ¿No es lo emblemático del acontecimiento y de lo que la dictadura pretendió hacer con él aquello que nos lo hace asociar en alguna medida con la propia dictadura? Porque hay que decir que aún está pendiente el análisis de la correlación entre aquellas acciones que la dictadura llevó a cabo, el

sentido que les atribuyó y las consecuencias concretas que tuvieron lugar en el plano de lo real. ¿En qué sentido la dictadura consiguió practicar la represión del movimiento revolucionario setentista? ¿Qué condiciones sociales, políticas y económicas dejó el Proceso como saldo que lo sucediera? ¿Hay muchos aspectos del fútbol como práctica, como institución y como identidad que habrían de modificarse en la actualidad si sometiéramos a escrutinio la relación entre el fútbol y la dictadura? Porque esto nos lleva a otra serie de interrogantes. ¿El Mundial hubiera sido *muy distinto* de haber tenido lugar en la postdictadura? Esta no es una pregunta tan fácil de formular por razones ajenas al fútbol. Es difícil –también– porque no tiene una respuesta colectivamente elaborada en otros aspectos de la vida en común, como sucede por ejemplo con los grandes medios de comunicación masivos. Un fútbol que no haya saldado sus relaciones con la dictadura ¿es por ello algo que en la actualidad se podría postular como un factor de continuidad con la dictadura en algún aspecto de la experiencia social?<sup>1</sup>.

El abordaje del Mundial de fútbol como fenómeno imbricado en las tramas de la cotidianidad ha sido considerado por algunos desde perspectivas heterogéneas. La imbricación en la vida cotidiana es un fenómeno ubicuo y naturalizado por un lado, y por otro fetichizado en la medida en que lo concerniente al horror dictatorial es situado en una dimensión sustraída a la vivencia cotidiana. El ocultamiento de la perpetración plantea preguntas sobre las razones por las que el horror, la tortura, la desaparición no son objeto de exhibición. Hay que reconocer primero que las condiciones del par ocultamiento/exhibición son histórico-sociales, y que en la época de la dictadura el potencial exhibitivo de las imágenes de la violencia plan-

teaba diferencias con las modalidades actuales. Todo lo concerniente a la convivencia con la perpetración, aquello que se ocultaba, sale a la luz con el fin de la dictadura, y ejerce influencias por medio de operaciones metonímicas. El contacto con el horror emana y tiñe los cuerpos, comienza con el perpetrador y sigue en forma radial hacia otros planos sociales.

Un análisis de Nicolás Casullo remite a la consideración del fútbol como una actividad relativamente neutral, en tanto que tal, respecto de una dictadura. Dice desde el exilio:

[...] "también sabíamos que el 90% de ese pueblo tan lejos, que se alegraba con los resultados favorables y las embestidas de Kempes, no estaba en la tribuna, o frente al televisor, aprobando el genocidio de las fuerzas armadas, ni confundiendo los tiros libres de Pasarella con los diagramas de los grupos de tareas. Por supuesto tuvimos plena conciencia de la instrumentación que el Estado de Terror hacía de ese mundial, y de cierto periodismo deportivo que con nombre y apellido (no sólo José María Muñoz) sirvió directamente a la maquinaria de esa manipulación. Pero también sentíamos que el fútbol significaba, desde la larga historia de los que poblamos por años los tablones, una biografía de recuerdos –de citas en descampados, de secretos de infancias, de voces, palabras, lenguajes, de haberlo jugado hasta la extenuación de las tardes, de entrañable periodismo deportivo, y sueños de títulos mundiales que no fuesen solo de uruguayos y brasileños– que hacían también a esa identidad intransferible, futbolística, de lo humano argentino" (Blaustein-Zubieta, 238).

En las últimas líneas de la cita se entrama la red vital de la cotidianidad, situada en cualquier experiencia social, por penosa que sea. En la experiencia directa y llana de quienes "pueblan los tablones" el Mundial de fútbol se

1 Alabarces (2002) especifica los problemas relacionados con la postmemoria y el abordaje conjuntural de estas cuestiones.

coloca a una distancia máxima del horror, allí donde no cuentan las fotos de Ernestina de Noble celebrando con Videla. El *establishment*, diremos, no vive la experiencia del fútbol en forma neutral, porque no es pasible de la cotidianeidad llana y gris, plana y trivial, en la que están sumergidas las mayorías, que reproducen su existencia, viajan por la ciudad, estudian y trabajan. Casullo prosigue: "Aquellos que nunca pudieron aceptar que la vida del 'proletariado' estaba también hecha, en su miseria social, de cultura festiva: un casamiento, una bailanta, un bautismo, un largo truco con ginebra, una cinta recibida del 'tirano prófugo' terminada con sidra Real" (Blaustein-Zubieta, 240). Miseria y fiesta se alternan en la experiencia vivencial real. No es precisamente el fútbol la situación en la que más está presente lo dictatorial, por otra parte ubicuo, incluido el fútbol. En este aspecto se pone en tensión la distinción del Mundial de fútbol como una cuestión privilegiada respecto de otras cualesquiera que formaran parte de la vida cotidiana. ¿Una fiesta de casamiento? ¿La institución civil del casamiento en la dictadura? Una experiencia indudablemente teñida por el transcurso dictatorial genocida, pero difícilmente conducente a un debate vinculado a culpas y responsabilidades, o inquisiciones relacionadas con las instituciones implicadas, tales como la familiar o el Registro Civil de la dictadura. En estos planos es cuando la inmanencia de la cotidianeidad en la dictadura, lejos de exculpar a la multitud, ni de inculparla, comienza a hacer visible la agobiante sucesión de grises indecibles que pueblan nuestra memoria colectiva. Casullo:

"Pero además, pensé, no sólo el Mundial, sino todo lo que seguía transcurriendo en la Argentina, transcurría: a pesar de los torturados, asesinados y desaparecidos. Transcurrían las redacciones con periodistas que llenaban pági-

nas, el Teatro San Martín con obras y actores renombrados, los suplementos culturales, los estudiantes en la universidad, los partidos de la AFA, los cines llenos. Algo que muy en el fondo mortificaba el alma del exiliado: que la vida, allá en la tierra de uno, transcurriese, siguiese transcurriendo, inmersa en el Mal de la historia. Muchos, entre ellos yo, creíamos sin embargo que estaba bien que así fuese: que la sociedad nunca es, afortunadamente, un intelectual de izquierda y sus bibliografías. Es sobre todo una sobrevivencia insobornable durante las noches de mierda que propone la historia. Que Luque, Ardiles y el propio Menotti, como el periodista trabajando y el actor del San Martín y el estudiante rindiendo materias, eran la Argentina real, porque la historia no se interrumpe ni se suspende, ni entra en ningún paréntesis, y recién terminando los tiempos aciagos existe la posibilidad de repensarla" (Blaustein-Zubieta, 240).

Sin embargo, estas líneas escritas a propósito del fútbol no son planteadas por su autor para ninguna otra circunstancia, y es esto lo que nos debe llamar la atención, no que señale una absolución del fútbol, sino que el fútbol y su Mundial remiten a unas tramas corrientes, transcurros, días y tareas que no son formuladas en estos términos para otros acontecimientos (inmersos en el "Mal de la historia"). Lo que nos señala esta clave es que el uso del fútbol por parte de la dictadura exhibe una relativa independencia de la experiencia viviente del colectivo social. Entonces, cuando vemos las imágenes de los perpetradores festejando, con todo lo problemáticas que son, deben recordarnos que el fútbol es el único marco experiencial en la Argentina, en el que ciertos fenómenos de sociabilidad, tregua y neutralidad tienen lugar. En la Argentina se podría representar esta condición mediante una caricatura:

el verdugo podría intercambiar expresiones futboleras en el patíbulo con su víctima sin que se modificara la hórrida asimetría que los diferencia. ¿Es ello así? En esta momentánea apariencia de comunidad se instala uno de los interrogantes más radicales sobre la subjetividad colectiva argentina. Quien no cultiva el gusto por el fútbol se queda sin conversación posible con el desconocido, con el extraño, incluso con el enemigo durante el cese del fuego. ¿Nos ha de llevar esta observación a contemporizar con el fútbol como un gran analizador del lazo social argentino? ¿O nos hará precisamente recelar de la consistencia del lazo social que el fútbol pone bajo la caución de una apariencia? La genealogía del fútbol remitiría al reverso de la condición de lo destituyente<sup>2</sup>.

Se trata efectivamente, entonces, de considerar el Mundial del 78 como un analizador, no de la dictadura ni de la opresión experimentada, sino como un acontecimiento que es utilizable en tanto *dispositivo analizador de los relatos* sobre la dictadura. No se trataría, insistamos, de que el relato sobre el Mundial tenga un carácter absolutorio sobre las multitudes, sino que nos permita en cambio establecer un plano analítico comparativo con el conjunto de la gris red inmanente de la vida cotidiana, que es, finalmente, aquella que por no ser susceptible de nítida condena, al estar constituida por un *continuum* de graduaciones, queda entonces, sí, absuelta en forma generalizada. La principal consecuencia de todo ello es que la condena moral y política, incluso jurídica, se cierne solo sobre los perpetradores, en tanto que a su alrededor se generaliza la absolución. La actual crisis de legitimación de las memorias del horror e incluso del estatuto imaginario de los derechos humanos en la Argentina encuentra su clave en estas dislocaciones categoriales e insuficien-

cias disponibles sobre los relatos acerca de la dictadura y sus horrores.

La obra de Fogwill, *En otro orden de cosas*, es un texto iluminador para orientar los interrogantes aquí sugeridos. Estructurado en capítulos fechados entre 1971 y 1982, procede como un registro experiencial de un sujeto que atraviesa esos años mutando de maneras *adaptativas*? Comienza como un militante revolucionario, pero en la dictadura se convierte en un empleado crecientemente involucrado en políticas de gestión de la ciudad y la cultura. El pasaje desde el sujeto revolucionario hasta el sujeto adaptado a la dictadura, comprometido con la construcción de las autopistas de Cacciatore, tiene lugar "sin atributos". No hay dramaticidad en ese pasaje, como no la hay tampoco en la mayor parte de las experiencias transcurridas. Probablemente las únicas experiencias que comprometen el acontecer del sujeto protagónico sean el sexo y el consumo, es decir, el deseo en su forma inmanente en la gris cotidianeidad. Un plexo de flujos libidinales autónomos que alternan un transcurrir sin significación ni mayor trascendencia que la aportada por la posibilidad de habitar una poética de la desolación. El acontecer transcurre sin melancolía ni tristeza, sino más bien con un fulgor traslúcido, consciente, sin esperanzas ni recelos. En este relato no hay lugar para la experiencia del sobreviviente ni para el testimonio. Resulta mucho más llamativa la trivialidad con que es presentada la militancia revolucionaria o la construcción de autopistas (ambas en un contrapunto que periodiza el devenir vital del protagonista sin relieve ni *pathos*) que la distancia con que el protagonista relata su relación con el Mundial. Lo notable de la narración es que se expone la ajenidad del protagonista frente al fútbol. Esa ajenidad no se manifiesta solo como desolada exterioridad existen-

2 Al respecto, véase mi trabajo "Lo destituyente. Progresiones y regresiones" en: *Pensamiento de los confines* N° 22, junio de 2008.

cial frente a los acontecimientos sino como desinterés consciente del sujeto. No se nos relata la saga de alguien que participa o finge participar de la fiesta del fútbol, a la vez que no cree en ella ni establece una distancia hostil o indiferente, sino el ejercicio de un frío desdén que no participa de ningún modo de la experiencia. Allí hay algo que llama la atención: podríamos conjeturar que si la implicación "sin atributos" fue posible para el protagonista en la militancia revolucionaria o en la construcción de las autopistas, ¿por qué no lo fue también en el Mundial de fútbol? En ese contraste es donde el relato de Fogwill resulta funcional a nuestros interrogantes. La relación con el Mundial de fútbol plantea un registro diferente de otras experiencias connotadas en forma pléfrica por sus significaciones políticas, ya sea la violencia militante de los 70 o el conformismo tecnocrático de la dictadura. En el relato de Fogwill, el fútbol es otra cosa, algo que se puede ver en otro plano y con otra distancia. A la postre, desde el punto de vista de un *dispositivo analizador*, tanto Casullo como Fogwill nos permiten escindir, aunque de maneras distintas e incluso opuestas, al Mundial 78 de las tramas significantes de la dictadura, para inscribirlo en el núcleo que nos habilita para construir las condiciones analíticas de la vida cotidiana de aquellos años, en el marco de la amplia diversidad de los matices que alternan entre el horror y la insignificancia.

Ambos relatos nos remiten a una relativa neutralidad valorativa en el abordaje de la conmemoración del Mundial 78 en cuanto a sus inscripciones contemporáneas y sus relevos testimoniales. Otra cosa es considerar las especulaciones y descripciones concernientes tanto a los exterminadores como a aquellos que en esos años aún se autodescribían como antagonistas en la lucha armada (contra la dictadura).

En el transcurso de aquel año ya se verificaba el divorcio desgarrador entre las víctimas del horror, la experiencia de la derrota y la continuación de ciertas acciones militantes que denegaban lo acontecido. En las tramas de esos sucesos, relativamente ajenos a las experiencias colectivas concomitantes, el despliegue de lo relacionado con el Mundial 78 asumía rasgos muy diferentes, ya no implicados con la gris continuidad microhistórica de la cotidianeidad, sino con la inscripción épica de los sujetos de la gran historia. El horror exterminador cuenta entre sus víctimas precisamente a esos relatos de la gran historia, convertida en ruinas por el exterminio, aun antes de ser relatada. No obstante, esas ruinas de la gran historia aún nos muestran sus estertores agónicos, mientras refrendan en otras instancias el entramado binario de un conflicto bélico allí donde ningún rastro quedaba de semejante evento concluido en el transcurso de 1975 por la derrota y finalizado trágicamente por el horror desplegado por el *proceso*.

Lo cierto es que cada nuevo mundial de fútbol, sus espectacularidades televisivas y presenciales, sus violencias "juliganescas" y las largas conversaciones gregarias que circundan y alimentan todo ello no nos recuerdan necesariamente al horror dictatorial. Como con pocas cosas sucede, cada vez que se nos presenta el fútbol en la vida cotidiana, nada del horror de la dictadura impregna su recuerdo, ni implica ninguna complicidad con los juegos de aquel año, ni siquiera una especial huella del inmenso trauma que aquellos años nos dejaron.

En cambio, volvamos al papel incisivo del texto de Fogwill, y consideremos una imagen ubicua debida a la insistencia icónica del noticiero de las 24 horas de *TN*, canal nacional de cable, líder del poder mediático destituyente de nuestros últimos años argentinos. Transmíti-

do desde su estudio vidriado con vista a la ciudad, ese noticiero, visto en todo el país a toda hora y en forma continua, presenta un emblema mudo e implícito: las autopistas de Cacciatore como horizonte inmanente del paisaje urbano, como símbolo nacional expuesto en forma de monumento viviente del pasado en el presente gris y sin atributos de la actualidad tan difícil y desgarrada de nuestra Argentina. Vemos una y otra vez el incesante movimiento de los vehículos que desfilan velozmente por el fondo de ese escenario. Es así como se representa en forma decisiva la hegemonía de los discursos actual y realmente circulantes, allí donde habita, tan imperceptible como ostensiblemente el horror, de un modo que ningún partido de fútbol podría evocar.

#### Apéndice

Hemos considerado oportuno citar en forma extensa, prácticamente la totalidad de los pasajes dedicados por Fogwill al Mundial 78 en su obra *En otro orden de cosas*:

"Por esos días, (...) prácticamente todos, (...) estaban excitados con los partidos por el trofeo mundial de fútbol. Se interrumpían reuniones y sesiones de trabajo para que la gente asistiese a las transmisiones de televisión o a los mismos partidos que se jugaban a pocos minutos de allí. Una tarde se suspendió el trabajo y decretaron feriado. Nadie hablaba de otra cosa.

Él miraba las pantallas y no conseguía entusiasmarse. Llegó a conocer el nombre de los principales jugadores y a reconocerlos por su aspecto o por los rasgos de sus caras, pero miraba la pantalla y pensaba en el trabajo pendiente, calculaba el tiempo perdido y se preguntaba cómo sería la vida de los que se mostraban más interesados en el tema.

Al parecer, los más insignificantes y prescindibles del personal exageraban su pasión –expectación, concentración, expresiones de triunfo o de ira– como una forma de revancha contra la grisura de sus vidas. Gritaban '¡Go!' o '¡No!', emitían órdenes o avisos a las imágenes de los jugadores y alentaban al equipo televisado, compartiendo con sus jefes y superiores esos instantes de igualdad que el episodio colectivo había venido a concederles.

Él no toleraba más de unos minutos frente al televisor. Su único alivio era imaginar que era uno de los jugadores que la cámara perseguía y que tenía la misma destreza y el mismo brío que mostraban sus carreras, piques y pases de pelota.

Pero siempre la escena se demoraba, la cámara enfocaba zonas inactivas del campo, la voz del locutor introducía comentarios gratuitos y frases hechas y llegaba un momento en el que estar allí se volvía insoportable.

Entonces se apartaba y salía a caminar por las playas de maniobra y los baldíos del puerto, marchando a paso vivo y conteniendo el aliento como si también él fuese un jugador.

El puerto estaba prácticamente paralizado. En las parrillas había grupos pendientes de la pantalla de un pequeño televisor portátil, pero la mayoría de la gente debía estar mirando lo mismo desde sus casas o a bordo de los barcos que tenían antenas.

Por momentos, llegaba un eco desde la ciudad: pasaba un ómnibus cargado de hombres que coreaban las sílabas 'Ar-gen-tina, Ar-gen-tina', y él trataba de acompañar su marcha con ese ruido y, por instantes, sentía una vibración de fondo y recordaba el retumbar.

Pero era un ruido discontinuo. Ni siquiera nombraban un país, las voces.

'Argentina' era en ese momento un equipo de once jugadores y un rato después volvería a

ser otra cosa. O muchas cosas: una distinta dentro de cada cabeza. Para alguien sería un recuerdo, para otro la esperanza de un suceso que le trajera, por fin, algo deseado durante mucho tiempo. Para aquellos que habían quedado en la torre pendientes de la pantalla del televisor en el piso de los jefes, 'Ar-gen-tina' significaría cada uno de los doce puntos de encuentro en que dividían el año: el calendario de distribución de las planillas de pago" (pp. 105-107).

#### Bibliografía

---

-ALABARCES, PABLO. *Fútbol y patria. El fútbol y las narrativas de la nación en la Argentina*, Prometeo, Buenos Aires, 2002.

-BLAUSTEIN, EDUARDO. *Prohibido vivir aquí. Una historia de los planes de erradicación de las villas de la última dictadura*, Comisión Municipal de la Vivienda, Buenos Aires, 2001.

-BLAUSTEIN, EDUARDO Y ZUBIETA, MARTÍN. *Decíamos ayer. La prensa argentina bajo el Proceso*, Colihue, Buenos Aires, 1997.

-FRANCO, MARINA. "Derechos humanos, política y fútbol". Versión corta de un trabajo mucho más extenso, en el marco de una tesis de doctorado sobre los exiliados argentinos en Francia (1973-1983), bajo la dirección de Hilda Sabato (UBA) y Pilar González Bernaldo (París 7, Francia). <http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/franco.pdf>.

-FRANCO, MARINA Y LEVÍN, FLORENCIA (compiladoras). *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, Paidós, Buenos Aires, 2007.

-FOGWILL, RODOLFO. *En otro orden de cosas*, Interzona, Buenos Aires, 2008.

-PERCY, MARTYN y TAYLOR, ROGAN. "Something for the weekend, sir? Leisure, ecstasy and identity in football and contemporary reli-

gion", *Leisure Studies*, Volumen 16, enero de 1997, pp. 37-49.